

A la Divinidad locura impía
Es oponerse: si á quien no merece
Sino castigos, opulencia envía,

Tambien al justo espléndida engrandece,
Y con renombre sus virtudes paga.
¡Suerte feliz que al envidioso escuece!

Nada su sed devoradora apaga,
Y en su insensato afán, se abre en el pecho
Con su propia pasión profunda llaga.

Siempre mi yugo llevaré derecho;
Es vano resistir al acicate:
De mis calumniadores á despecho
Bueno seré, y amigo del magnate.



ODA TERCERA

AL MISMO GERÓN,

VENCEDOR CON EL CABALLO DE SILLA.

QUISIERA yo, si lícito á mi canto
Fuera expresar el público deseo,
Quisiera yo que de la Estígia arena
Tornara á respirar los pátrios aires
El gran Quirón, de la gentil Filira
Y del divo Saturno, hijo del Cielo,
Progenie poderosa; y en los valles
Verlo otra vez reinar, del Pélio monte,
A los ojos del vulgo extraña fiera,
Pero del hombre amigo. En otro tiempo
A Esculapio educó, varón insigne,

Descubridor benéfico de plantas
Que quitan el dolor y restituyen
La perdida salud, y de los males
Más arraigados, médico celeste.

Antes que, con la ayuda de Lucina,
De las madres amparo, á luz lo diera
Del viejo Flégia (espléndido jinete)
La hija infeliz, á la morada oscura
De Plutón descendió, víctima triste
De las iras de Apolo, y por las áureas
Flechas de Diana, en su retrete herida,
La veleidosa ninfa: que no yerra
Jamás la indignacion de la progenie
De Júpiter augusto. A la culpable
Celestiales amores no bastaron;
Y en vísperas de unirse ante los Dioses
Al rubio Febo, ya marido oculto,
Insana se arrojó en ajenos brazos.

No la contuvo ni el divino infante
Que en su seno llevaba, ni el banquete
Nupcial ya aparejado, ni los cantos
Solemnes de himenéo, ni los coros
De vírgenes, antiguas compañeras,

Que el dulce epitalamio repetían.
Le devoraba el pecho, de extranjero
Príncipe el loco amor; como acaece
A muchos en el mundo, que desprecian
La patria y sus beldades, y corriendo
De ilusiones en pós, lo extraño buscan
Y con nécia pasión lo extraño adoran.

Tremendo fué el castigo, que la falta
De Corónide, frágil cuanto bella,
Trajo á la tierra. Al ojo vigilante
Del Númen, no escaparon las caricias
Del Arcádico huésped. En Pitona
De inmoladas ovejas recibiendo
El humo santo, á la sazón se hallaba
El Lóxiq Rey; mas el remoto crimen
Al instante miró. Consigo mismo
Apolo delibera, y los consejos
De su divina mente, que ve todo
Y todo sabé, que engañar no puede,
Y á quien no engaña ni mortal ni númen
Con hechos ó palabras, sólo escucha.

El adulterio de Ísquis Elatida
A castigar, y de su esposa el dolo,

A su celeste hermana, respirando
 Furor irresistible, envía Febo
 A Laceréa, do la infiel habita
 Del Bebíade lago en la ribera.
 El mismo adverso númen, que al pecado
 A la ninfa llevó, la empuja ahora
 A destrucción funesta; y juntamente
 Muchos de la región circunvecina
 Mueren con ella. Chispa fué su culpa
 Que, pequeña al caer en la montaña,
 En breve devoró la selva entera.

De la infeliz Corónide el cadáver
 Colocan los tristísimos parientes
 En la funérea pira: ya la llama
 Tremenda de Vulcano la circunda
 Y á devorarla va. La mira Febo,
 Y conmovido exclama: "No, no sufre
 Mi tierno corazón, que con la madre
 Adúltera, mi vástago inocente
 Aun ántes de nacer, muerte horrorosa
 Entre el fuego padezca." Así diciendo,
 De un solo paso llega hasta la pira.
 La llama reverente abre camino
 Al afligido Númen, que del seno

De la difunta madre, al hijo saca;
 Y al buen Centauro, de Magnesia gloria,
 Lo entrega, suplicándole que el arte
 De curar las dolencias de los hombres
 Le enseñe diligente.

Aprovechado

El discípulo fué. Cerrar sabía
 Las úlceras que nacen espontáneas,
 Y las heridas que enemigo hierro
 Abre profundas, ó lejana piedra.
 Las estivales fiebres, y las graves
 Dolencias que producen los rigores
 Del Invierno, sanaba. Diferentes
 Eran, según los males, los remedios.
 Á quién mágicos cantos recetaba,
 Á quién pócima amarga; á éste envolvía
 En suaves hierbas la dañada parte;
 Á otros, en fin, del lecho de dolores
 Con árdua amputación alzaba diestro.

Mas ¡ay! ¿Por qué se rinde á la codicia
 Aún el más sábio? También él, con oro
 Que á montones hicieron en sus manos
 Brillar, se corrompió; y osó á la muerte.

Arrebatat á Hipólito difunto.
 Júpiter irritado, á ambos dispara
 Rayo homicida, que el vital aliento
 Del pecho les arranca, y á cenizas
 Los reduce instantáneo. Los mortales
 Convieni que á los Númenes pidamos
 Lo que al alcance está de nuestra pobre
 Naturaleza humana, harto pequeña.
 Como bien conocemos.

¡Alma mia!

No aspire más allá de lo posible
 Cual si fueras deidad; pero sí agota
 Hasta el último límite tus fuerzas.

Si el prudente Quirón áun habitara
 La conocida cueva, y mis canciones
 En su ánimo gentil mágico influjo
 Pudieran ejercer, en dulces himnos
 Al médico sublime rogaría
 Que en persona viniese, ó á lo ménos
 A algun hijo de Jove ó de Latona
 Mandase á combatir la aguda fiebre
 Que á magnánimos héroes atormenta.
 Yo mismo, el Jónio mar atravesando

En rauda nave, ansioso volaría
 A la fuente Aretusa, y á mi agosto
 Amigo, de Etna fundador, que rige
 De la fiel Siracusa los destinos,
 Del bueno protector, con sus vasallos
 Liberal y cortés, y tierno padre
 Del extranjero; y si al saltar en tierra
 Le pudiera ofrecer mi amante pecho
 Dos ricos dones: la salud, que el oro
 Más preciada, y el cántico solemne
 Que da tanto esplendor al Pítio lauro
 Que á mil venciendo conquistara en Cirra
 El corredor Ferénico, yo juro
 Que de mi amado Príncipe á los ojos
 Mi faz más apacible brillaría
 Que el sol en la mitad del firmamento.

Mis preces, entretanto, á la gran Madre
 Dirijo, de los Númenes; augusta
 Deidad, á quien entonan las doncellas
 Y al venerado Pan, nocturnos himnos
 Frente al portal de mi morada humilde.

Tú, que las letras amas, y á la cumbre
 De la ciencia has llegado; tú en las obras

¡Docto Gerón! de los antiguos vates,
 Hás leído *que al hombre dan los Dioses*
Con cada bien dos males. Tal destino
 Con varonil resignación no puede
 El nécio soportar; pero los sabios
 La brillantez del bien tan sólo miran,
 Y los males desprecian y se esconden.

Tú, Rey, aunque doliente, eres dichoso;
 Que si en el mundo puede afortunado
 Álguien llamarse, lo es el que gobierna
 Con justo cetro, súbditos leales.
 Pero no juzgues que perpétua dicha
 Siguió, ni aún al Eácida Peléo
 Ni á Cadmo el semidiós, si bien la Fama
 Declara á ambos á dos, de los mortales
 Los más felices. Y, en verdad, tuvieron
 La suerte de escuchar los dulces cantos
 De las divas Piérides: el uno
 Allá en el monte Pélio, cuando á Tétis,
 Del prudente Nereo ínclita prole,
 Recibió por esposa; el otro en Tébas,
 La de las siete puertas, cuando el lazo
 Nupcial, lo encadenó con Armonía,
 Ninfa gentil de seductores ojos.

Los Dioses al festin, en ambas bodas
 Se dignaron bajar; y en áureas sillas
 Sentados á su mesa, contemplaron
 Los novios, á los hijos de Saturno,
 Y de sus régias manos recibieron
 Celestiales presentes. Los favores
 De Jove compensaron con usura
 Pasados infortunios; y su pecho
 Recobró la esperanza. Mas en breve
 Trocó en dolor de Cadmo la alegría
 De sus hijas el fin; sin que á Tïona
 Valiera ser esposa del Tonante.
 El hijo de Peléo, única prole
 Que Tétis inmortal le diera en Ftía,
 En la guerra murió, por alevosa
 Flecha herido en el pié: su funerales
 Llanto arrancaron á la Griega hueste.

Mortal, que á no desviarse de la senda
 De sólida virtud está resuelto,
 Debe aceptar con alma generosa
 La suerte que los Númenes le mandan.
 La dirección del viento á cada rato
 Cambia y la fuerza. Breve tiempo dura
 La dicha de los hombres, cuando baja

Con ímpetu sobre ellos. Seré humilde
 Con los humildes, grande con los grandes,
 Reverente aceptando mi fortuna,
 Y ajustando á mis medios mis costumbres.
 Y si grandes riquezas me donare
 La Providencia, conseguir espero
 Tambien alto renombre y fama eterna.
 Néstor el magno y Sarpedón de Licia
 Celebrados doquier, su gloria deben
 A los cantos armónicos, que vates
 Insignes compusieron. Las virtudes
 Se eternizan con ínclitos poemas;
 Pero á muy pocos conseguirlo es fácil.



ODA CUARTA

A ARCESILAO, REY DE CIRENE,

VENCEDOR CON EL CARRO.

AL amado varón, que de Cirene
 Rica en caballos, ciñe la corona,
 Acompañar ¡oh Musa! hoy te conviene
 En su marcha triunfal: la suave lona
 De tu dulce bajel céfiro llene
 Al cantar á los hijos de Latona,
 Y á Delfos, dó, veraz sacerdotisa,
 Vaticinó la augusta Pitonisa.